

## CULTURA Y VALOR

1. — En los capítulos anteriores hemos visto que la cultura es la obra de la persona humana proyectándose sobre sí misma, sobre su propia actividad intelectual y volitiva, y también sobre las cosas exteriores para impregnarlas de su espíritu. Más allá del dominio de la materia, el espíritu con su inteligencia se abre a la trascendencia y descubre y aprehende el *ser* oculto en los datos de los sentidos y con su libertad rompe las cadenas del determinismo, en que se encuadra la actividad material incluso la sensitiva. De este modo el espíritu es el único capaz de proponerse expresamente y realizarla por su decisión la transformación y perfeccionamiento del propio ser y de los objetos circundantes, en continuación de la obra creadora de Dios. Este mundo nuevo resultante del mundo natural transformado y acrecentado por el espíritu de acuerdo a las exigencias del bien específico del hombre y del bien de las cosas, subordinado al del hombre, constituye, según hemos visto, el mundo de la *cultura*.

Ahora bien, semejante *impregnación espiritual*, que transforma el *ser natural* —material y espiritual— en *ser cultural*, no se realiza sino por la infusión de *los bienes o valores* trascendentes en el ser y actividad naturales del propio hombre y de las cosas. Son estos bienes o valores, presentes en la aprehensión del espíritu, los que penetran y transforman el ser natural del hombre y de los objetos circundantes, por decisión libre del propio espíritu. Porque el espíritu es correlativo a sus objetos: *la verdad y el bien*, que lo especifican y enriquecen desde su *trascendencia ontológica* o de *ser distinto del propio inmanente*. En efecto, el espíritu no se actualiza por su propia actividad sino en *intencionalidad* o presencia simultánea de *sujeto y objeto* en el seno de la unidad de su acto. El *entender* no es sino un acto, en cuya inmanencia de *sujeto* se revela o es dado simultáneamente el *ser* trascendente, como *objeto especificante*, y el querer, no es sino un acto, en cuyo *seno inmanente* es dado el *bien trascendente*, como su objeto formal que lo especifica, en cuanto anhelado en su ausencia o gozado en su presencia. La actividad espiritual es *esencialmente* abertura y búsqueda del *ser trascendente* —*ser realmente distinto del propio acto*— *ya como es o verdad* —objeto de la inteligencia— *ya como debe ser o conviene que sea o bien* —objeto

de la voluntad—. Sin *ser —verdad y bien—* no hay actividad espiritual ni por ende, *cultura*; y ésta no es, por consiguiente, sino el enriquecimiento del ser natural de las cosas y del hombre mediante la penetración del *ser —verdad y bien—* llevada a cabo por la actividad inteligente y libre del espíritu.

2. — Por otra parte, aunque el *ser* con sus notas esenciales de *verdad y bien* existan realmente —ya en actualidad ya en posibilidad—, sólo se develan en su formalidad de tales ante el espíritu y, por eso mismo, sólo éste sea capaz de realizarlos o infundirlos en la realidad natural —propia o ajena—, *como tales*, mediante una actividad estrictamente cultural, a saber, que se *proponga* y lleve a *realidad el bien o valor* en cuanto tal.

*No es posible, pues, la cultura sin valor, ni es posible tampoco la de-velación y realización del valor formalmente tal sin actividad cultural.* En otros términos, ni el espíritu humano puede desarrollarse o perfeccionarse en sí mismo o en las cosas que lo sirven sin sus bienes o valores específicos trascendentes, ni éstos pueden ser aprehendidos o realizados sino por la actuación del espíritu o persona humana. De aquí que, la cultura se acrecienta con el descubrimiento y realización de nuevos valores o de nuevos aspectos de los mismos, y a su vez los valores logren vigencia en extensión y profundidad con el desarrollo de la actividad espiritual o de la cultura.

3. — El bien o valor, se constituye como participación del Bien o Perfección en sí o infinita en relación de conveniencia con algún aspecto del hombre o de las cosas materiales circundantes en cuanto de un modo u otro sirven a éste. En otros términos, el valor se estructura como un acto o perfección de un aspecto potencial del hombre o de las cosas exteriores humanizadas con relación a éste.

Ahora bien, el hombre se constituye como una unidad substancial de cuerpo y alma, en la cual se dan múltiples aspectos de ser y actuar jerárquicamente subordinados y ordenados, en definitiva, a la actividad y ser específicos o espirituales. A cada uno de estos aspectos: corpóreo, vital, sensitivo y espiritual responden sus objetos formales como bienes suyos específicos que lo perfeccionan o actualizan.

Mas así como el bien del hombre no se obtiene sino por el desarrollo armónico de las diferentes zonas de su ser y actividad, de tal modo que la perfección de cada una de éstas debe subordinarse jerárquicamente a la inmediata superior, contribuyendo todas al perfeccionamiento espiritual de la inteligencia y de la voluntad, por el cual el hombre se perfecciona específicamente o en su unidad integral; no de otro modo, los diversos valores que corresponde a tales diferentes aspectos de la actividad y ser del hombre como su bien que los actualiza, también se dan subordinados entre sí o en jerarquía, correspondiente a aquella jerarquía de los diferentes aspectos del hombre; de tal manera que cada uno de ellos perdería su sentido de valor o bien para el hombre en su unidad integral, si fuese obtenido por la pérdida o con detrimento de un valor superior, ya que ello traería aparejado el perfeccionamiento de un afecto inferior del hombre con desmedro de otro superior y lo perdería aun más si el valor logrado

fuese a costa del valor espiritual específico humano. Tal es lo que acontece, p. ej., en la realización de una obra de arte que atenta contra la moral: el valor de la belleza material puede ser logrado —puede llegar a constituir realmente una obra artísticamente hermosa— pero todo ello a costa del bien moral, específico del ser y actividad espirituales del hombre y, por ende, superior al de la belleza. Con lo cual sin dejar de ser valor de belleza, deja de ser *valor para el hombre*, es decir, valor simplemente tal, porque ha perdido su sentido de subordinación dentro de la jerarquía de valores en la que la belleza material debe integrarse armónicamente en el bien espiritual, como las zonas correlativas del ser y actividad del hombre, a las que especifican y perfeccionan.

Se ve, pues, cómo la correlación de cultura y valor no es sólo esencial en su constitución fundante originaria —como sujeto y objeto especificante, respectivamente— sino que se continúa en todas sus partes; y que el perfeccionamiento de las diferentes zonas en su unidad jerárquica están determinados por los bienes o valores también en su unidad jerárquica respectiva.

OCTAVIO N. DERISI